

Artaza, Pablo, Sergio González y Susana Jiles, ed. 2009. *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique*. Santiago: LOM Ediciones.

Luis Alberto Galdames Rosas. lgaldame@uta.cl
Universidad de Tarapacá, Chile.

Este libro voluminoso, de 414 páginas, es el fruto del Segundo Encuentro de Historiadores que se llevó a cabo en este puerto el año 2007 y que contó con la nutrida presencia de historiadores, científicos sociales, estudiantes universitarios, dirigentes sociales y autoridades. En fin, de un modo u otro, con la participación de todos los iquiqueños por nacimiento o por adopción que reconocieron en el tema su relevancia existencial, más allá de las naturales discrepancias para enfrentar el drama humano más poderoso del movimiento obrero cuya marca de origen es 1907.

Perecerá un lugar común y hasta palabras de buena crianza destacar el valor de la obra pero, sin dudas, estamos en presencia de un aporte intelectual macizo y complejo que debería constituirse en una obra mayor para la historiografía del norte de Chile, pero también para el país en su conjunto, y punto de referencia para otros trabajos similares que se puedan replicar en el extranjero.

Pablo Artaza, Sergio González y Susana Jiles optaron por incluir las presentaciones de los diversos autores en cuatro capítulos: el primero de ellos reúne trabajos vinculados a memoria, prensa y educación; el segundo comprende escritos reservados a biografías y semblanzas y a los actores sociales y políticos al momento de producirse el drama social y humano de la Escuela Santa María de Iquique. El capítulo que le sigue recoge aportes de historia comparada y permite colocar a los sucesos rememorados en perspectiva. Finalmente, el cuarto capítulo dejó espacio a las reflexiones que suscita en la actualidad el recuerdo de los mártires que abandonaron el espacio pampino para hacerse visibles en la ciudad.

Junto a su valor académico, permítaseme destacar dos actos de coraje intelectual. El primero de ellos se refiere al valor que tuvieron los organizadores del Segundo Encuentro de Historiadores llevado a efecto el año 2007 para discutir, con altura de miras, sucesos del pasado que tendrían obviamente potenciales repercusiones –favorables o no según las distintas ópticas– a nivel de las personas y de los grupos sociales y políticos que frente a la temática del encuentro y en el contexto político del momento podrían poner en cuestión los elevados propósitos del Encuentro y haber acobardado los espíritus. El segundo es haber materializado la discusión intelectual en una obra como la que aquí presentamos. Esta actitud solo puede ser catalogada como de coraje y de nobleza intelectual. Bien entonces

por los organizadores, por las instituciones que los apoyaron y por quienes participaron de un modo u otro.

Al presentar el libro que nos ocupa, quisiera compartir con ustedes algunos comentarios con aspiraciones de reflexión, que tuvieron lugar después de realizar su lectura y ponerme a pensar sobre lo que podría señalar sobre él, más allá de su contenido que deberá quedar al libre juicio de sus lectores.

Por limitaciones de tiempo y también por incapacidad personal de desarrollar *in extenso* y coherentemente las muchas ideas que suscita la lectura del libro, me limitaré a esbozar los comentarios que siguen dejando puntos suspensivos para que cada lector los complete y los rebata a voluntad.

Resulta evidente que las posibilidades de aproximarnos a la lectura de *A cien años de la masacre* pueden ser prácticamente infinitas. Aquí y ahora quisiera referirme a dos asuntos que me parecen de suyo atractivos, entre otras razones, porque permiten compartir ideas con personas ajenas al campo disciplinario de la historia.

La primera de ellas dice relación con lo que podríamos denominar la idea de sacrificio, que suele estar presente a lo largo de toda la historia de la humanidad y que en el caso de lo que eufemísticamente denominamos los sucesos de la Escuela Santa María, parece ocupar tanto un tiempo y espacio profano así como un tiempo y espacio sagrado.

La segunda idea pretende establecer algunas vinculaciones entre el campo de la memoria colectiva y la historiografía, a la que dedicaré algo más de espacio.

Ambas ideas, en el plano del discurso que esbozaremos aquí, se dan la mano en un término que acuñaron los portugueses y que luego pasó al Brasil y que se denomina *saudade*. Es un concepto de difícil traducción al español y que, no obstante, me parece muy profundo. Si pudiésemos buscar una expresión que fuere equivalente, podría proponer la siguiente: *saudade* es la presencia de la ausencia.

Hay en los vivos un sentimiento de *saudade* en relación al drama de la Escuela Santa María. Como sentimiento, resulta difícil de ser expresado en términos racionales, puesto que la nostalgia se da la mano con el dolor, con la ira, con la admiración, con el mundo de lo mítico y también con el temor.

Más allá de los contextos, la idea de sacrificio que surge de tan doloroso acontecimiento, al pensar en 1907 parece inevitable advertir la presencia de los valores de solidaridad y de justicia, la existencia de rituales, de simbolismo y de una cierta mitología ineludible. Aquí en Iquique, como probablemente en otras latitudes, el sacrificio de la propia vida no es el propósito de la huelga, pero consciente o inconscientemente, los

hilos de un destino trágico tejen su carácter de necesidad. Los hijos del salitre se mueven por la esperanza sustentada en una cierta racionalidad que les permite suponer que el sentido común de los poderosos, esto es de los que poseen el poder, les hará capaces de comprender que lo solicitado resulta racional y que cualquier costo a pagar, incluyendo el rechazo, nunca podrá sobrepasar los límites de lo razonable.

Los eventos ocurridos terminan por escurrirse del ámbito de lo razonable y culminan en muerte. Pensando como chileno, uno podría decir que nada nos obsesiona tanto como la obsesión de la muerte, la obsesión, no la muerte, como lo diría Cioran.

La parca emerge unilateral y cubre al débil sin distinciones de nacionalidad, género o edad. En un contexto de orden, progreso y modernidad, la muerte asoma como un sinsentido; no aparece como una plaga o una entidad externa que pudiera explicarse por un designio divino de castigo o por falta de recursos médicos y financieros para detenerla. Irrumpe así, ciegamente, desencadenada por quienes han adscrito a los valores occidentales que prometen mejores condiciones de vida y alejan la destrucción como un signo de barbarie. Y es que, al parecer, los obreros de la pampa no logran advertir que en nuestro continente el progreso va acompañado de la noción de orden pero que, al revés de lo que sucede en los países desarrollados que comparten los mismos ideales, en estos últimos el orden es un medio indispensable, pero medio al fin de cuentas, para alcanzar el mentado progreso, mientras que en nuestros pagos el orden parece ser el fin. En este sentido, sacrificar la vida de otros, si sirve para restablecer el orden, es una medida que forma parte de la racionalidad de un sistema que teme al caos. Así dicho, el desenlace no ocurre a modo de accidente, sino como posibilidad cierta de suceder.

El temor a la muerte puede provenir de la saciedad, de la posibilidad de perder lo que se tiene. Cuando poco o nada se tiene, el temor a la muerte puede subsistir en lo individual, pero se atenúa en la lucha colectiva.

Creando que “el cielo será de los justos”, los pampinos se parapetan en lo justo para luchar contra lo arbitrario y a ese valor apelan para derrotarlo. Pudiendo poner pausa a sus peticiones y retirarse con otra batalla perdida, quedan a disposición de la benevolencia del poderoso, pero no para conservar la vida, sino para alcanzar lo que estiman justo. Aquí acontece el acto sacrificial: ante la amenaza de la fuerza, juntan sus manos y esperan, en la desnudez prístina de sus almas, lo inevitable de la tragedia. Es un camino sin retorno; el espacio y tiempo profano dan lugar al espacio y tiempo sagrados. Allí, en una dimensión donde la muerte no es sino otro estado de la existencia humana. Pero para que este acto sacrificial tenga sentido de trascendencia, debe haber memoria y conmemoración permanentes. Es aquí donde la memoria colectiva entra a jugar su rol indispensable y en ello la comunidad iquiqueña ha sabido cumplir con su labor de mantener vivo el recuerdo; y también es el tiempo y lugar para que el historiador tome también la palabra. ¿Estaremos

acaso en presencia de un mito de origen de la clase obrera, o de la fuerza y sentido mesiánico de una ciudad y espacio pampino que nunca han aceptado desaparecer y que siempre acompañan sus actos de vida como desafío ante lo poderoso y que por lo mismo sienten tanta identificación con un personaje como Arturo Prat, por señalar un ejemplo?

El tiempo sagrado necesita conectarse, cada cierto tiempo, con el tiempo sagrado. En esa búsqueda de lo que Proust llamaría tiempo perdido, no puedo evitar mencionar una de las célebres frases de Ciorán cuando anunciaron cierto descaro: “qué cerca me siento de aquella vieja loca que corría detrás del tiempo, que quería atrapar un trozo de tiempo”.

Por lo que dice el estudio de la memoria, esto es el estudio de las formas en que se lee, crea y recrea el pasado en cada tiempo presente, cabe recordar que ha tenido un creciente, aunque no siempre constante interés en el ámbito de las ciencias sociales. A lo menos desde 1925, cuando Halbwachs llevó a cabo sus estudios sobre “la problemática de la memoria”.

Aunque en rigor la memoria es individual, la memoria es también colectiva porque se construye en los procesos de inter-relación de los seres humanos. Aquí vale una anotación que es relevante para el caso de la Escuela Santa María. Tiempo y espacio resultan categorías inexcusables para sostener la memoria. En efecto, la memoria permanece viva mientras las personas que la comparten conserven su adscripción al grupo. En cuanto al espacio, es categoría esencial en tanto se asocia a imágenes espaciales.

Recordar es reforzar el vínculo social, por lo que el olvido se explica como escisión del grupo de referencia. Entonces la pregunta parece evidente, ¿se dan aún estos vínculos hacia el grupo de referencia y se comparten las imágenes en lo que dice a la masacre ocurrida en 1907? ¿De qué memoria habla el historiador, cuál es su grupo de referencia y de qué imágenes nos habla?

El asunto es complejo. En verdad las memorias colectivas son plurales en tanto existe una diversidad de grupos de referencia y ello es inseparable del tema del poder social. El pasado se modela desde el presente y cada grupo busca imponer su versión sobre el mismo; en este sentido, el resultado es la construcción de una memoria hegemónica y no necesariamente heterogénea.

Es posible pensar que, en parte, el tratamiento de Santa María haya dado lugar a lo que Hobsbawm denomina tradición inventada, es decir, un proceso a través del cual se modela el pasado con un conjunto de reglas tácitamente aceptadas, de naturaleza ritual o simbólica. Es lo que en lógica se denomina entimemas. Son tradiciones que se formalizan y se instituyen. No olvidemos que los historiadores solemos ser, casi por la ontología del contexto disciplinario, productores de memoria. A través de nuestros relatos, convertimos a personas en héroes o en villanos inspirados parcialmente en la realidad.

cotidiana. Los manuales por medio de los cuales enseñamos a la juventud del país, para no ir tan lejos, presentan a presidentes y generales como perfectamente divinos o totalmente demoníacos, teniendo como trasfondo una sociedad paradisíaca que se autoconcebe como culturalmente homogénea y que da la bienvenida al amigo cuando es forastero. En gran medida la historiografía, incluyendo la nacional, evita la referencia a conflictos internos, como si los desacuerdos tuvieran tal fuerza entrópica que pudieran introducir el caos en la armonía supuesta de la propia sociedad y cultura. Por ello no debe sorprender que la matanza en la Escuela Santa María no haya sido precisamente un hito preferido en los manuales escolares.

Arranco aquí de un supuesto que me parece evidente: cada época tiene una particular forma de percibir y relacionarse con el pasado, que le es propia y distintiva. Si esto es así, ello explicaría la existencia de una forma de historiografía que se entendió como historia magistral; es decir, historia como maestra de vida, visión que nos ha acompañado desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII, en la que el pasado es lo que da sentido al presente. Aquí “la historia se escribe desde el punto de vista del pasado”. Dicho de otro modo, lo que ocurre en el presente o en el futuro “no excede lo que sucedió antaño” y se llega de este modo a pensar que la historia debe proporcionar ejemplos para la vida actual. También tenemos la visión moderna de la Historia, que se interesa por el tiempo en sí mismo y que se sostiene en la idea de progreso; es decir, en la idea de perfectibilidad que no tiene límites. Aquí el pasado no aclara el presente ni el futuro, sino que es el futuro mismo el que aclara el presente y el pasado. La historia es ahora científica y por ello escribe desde la perspectiva del futuro. Es la historiografía de la constitución de la nación. Temporalmente, este modo de hacer historia viene de fines del siglo XVII y alcanza hasta el siglo XX. Siguiendo a Francois Hartog, habría un tercer momento historiográfico que se gesta con la caída del muro de Berlín que simboliza el derrumbe de las ideologías y que da inicio a la historia presentista, que para pensarse no puede salirse de sí misma. En ella ni pasado ni futuro tienen nada que decir. El pasado ha muerto y el futuro es incierto; entran en crisis las ideas de progreso, de utopía, de revolución y de modernidad. Este modo de pensar la historia sería propio de la crisis de la identidad nacional que se cae ante el proceso globalizador.

Tengo la impresión de que todas estas visiones llegaron a nutrir nuestros propios modos de hacer historiografía. Como ha ocurrido con la mayoría de las miradas foráneas que fueron recepcionadas acriticamente en estas tierras americanas, en lugar de superar una mirada a la otra, se han acumulado al unísono en muchos de nosotros. Por ello, junto con haber asumido una mirada presentista incluso a nivel de sentido común, laten también abordajes que buscan en el pasado lecciones de vida para vivir el presente. Esta suerte de nostalgia por un pasado que nos enseña, ejemplificada en el dicho popular de “antes las cosas eran mejor que ahora”, coexiste en la compañía de otra mirada que busca certezas en el futuro, manifestado en otra frase popular “las cosas tienen que mejorar”.

De algún modo, y no podría ser de otra manera, algo o mucho de estas miradas historiográficas me parece están presentes en la obra que comento. Y es que no podemos permanecer ajenos y descontaminados de los contextos en que estamos insertos y de nuestras propias enciclopedias. Será interesante verificar estas aseveraciones cuando en 10 años más deba realizarse el Tercer Encuentro de Historiadores y se puedan revisar los temas y tratamientos de los mismos que se lleven a cabo en el marco de lo que debería ser otro contexto. En este sentido, sería interesante volver a revisar lo escrito hace una década, cuando nos reuniéramos con ocasión de los 90 años de la matanza.

Será interesante advertir, entre otros asuntos, qué efecto va produciendo en la memoria colectiva la desaparición paulatina y hasta abrupta de los lazos con los grupos de referencia y los eventuales cambios de imágenes en relación al espacio. Es posible que vayan surgiendo otros lazos y que los grupos de referencia también experimenten cambios, refrescando así una nueva memoria que nos mantenga unidos, como en torno a un tótem, en inéditas comunidades constructoras de memorias.

Si ello ocurriera, no habría motivos mayores para preocuparnos, pues estaríamos siendo fieles a los cambios de la propia historia. O no lo soportaremos y nos alejaremos del resto de las personas para dialogar y construir memoria con el único referente que nos quede: nosotros mismos. Y es que cada memoria posee algún tipo de significado. El presentismo parece lo vigente; en lo personal, no me avergüenzan ni la nostalgia ni las utopías y quisiera creer también, que Santa María no quedó como mero recuerdo sino como ejemplo de vida. Es que vivir en un mundo que carezca de sentido, que no otorgue significación a las cosas, me resultaría insoportable.